

tologías, y teniendo en cuenta también que en general no incluyen a los poetas de la generación de 1936 (lo cual es insoslayable si se quiere verificar la actividad lírica total de dicho período), tales colecciones, por las poéticas escritas directamente para ellas por los autores agrupados, ofrecen al estudioso de la poesía española un testimonio valioso del estado poético de tiempo que, en las variadas categorías temáticas seguidas —social, cotidiana, amorosa y religiosa— cristalizan en esa época. Nos es válido, pues, servirnos de esos libros en busca de manifestaciones explícitas de la huella de Machado, tanto en sus prólogos (al estudiar sus realizadores los orígenes de la respectiva categoría representada) como en las declaraciones personales de los mismos poetas (11).

La primera en aparecer fue la dedicada a la *Poesía social*. Historiando esta tendencia desde los principios del siglo, su compilador, Leopoldo de Luis, nos advierte ya, de entrada, que «Machado vaticinó (...) la actual postura rehumanizadora y objetiva de la poesía, así como dio con su sencillez y claridad lecciones y preceptos conformadores de la poética que en nuestros días obtiene mayor atención» (PS, 31-32). Y entre los reclutados, Gabriel Celaya, al abjurar de «la miserable tentación de hacer perdurable nuestro ser ensimismado» (PS, 105), y desarrollar afines conceptos a los por él mismo expuestos en la *Antología consultada de la joven poesía española* de 1952, está casi literalmente glosando, entre otros textos de Machado, las posiciones de Meneses en aquel célebre «Diálogo entre Juan de Mairena y Jorge Meneses». Como se recordará, su autor, en dicho diálogo, ponía en boca de este último todo un réquiem al cerrado mundo solipsista implícito en la ideología romántica y la sentimentalidad burguesa. Y en igual sentido, aunque ya mencionándolo, se produce Ramón de Garciasol (PS, 124). Y en un breve poema de Blas de Otero, que es una de sus tantas poéticas en verso, se escuda aquél en unas líneas de Machado. No anticipamos ahora tales constancias, porque luego, al acercarnos individualmente a cada poeta, habrá lugar para más precisas indicaciones.

Antonio Molina, que escribe el menos desarrollado de los prólogos de esta serie, no cita a Machado al presentarnos el volumen destinado a recoger la *Poesía cotidiana*. Y hubiera podido hacerlo con toda propiedad a partir de textos de aquél tan definitivos en esa

(11) Son éstas las cuatro antologías mencionadas: «Poesía social», ed. de Leopoldo de Luis (1965); «Poesía cotidiana», ed. de Antonio Molina (1966); «Poesía amorosa», ed. de Jacinto López Gorgé (1967); y «Poesía religiosa», ed. de Leopoldo de Luis (1969); todas publicadas por Alfaguara (Madrid). Para abreviar (a todo lo largo de este trabajo) cuando reproducimos opiniones tomadas de esta serie, se indica respectivamente de este modo: PS, PC, PA y PR.

dirección como el significativamente titulado «Poema de un día», más conocido por su rótulo inmediato: «Meditaciones rurales». Como el concepto de poesía cotidiana, por vago que sea, viene a coincidir con el de una «poesía de la existencia», rubro bajo el cual José Luis Aranguren agrupa con acierto a los poetas del 36, aquí sí tuvo Molina el buen acuerdo de dar entrada a algunos importantes miembros de aquel grupo. Y no es casual que tres de ellos, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero y José Antonio Muñoz Rojas, en sus poéticas, no puedan prescindir de la mención directa o sugerida de Machado. Eugenio de Nora llega a identificar expresamente la acentuación de lo cotidiano con «lo universal humano de Machado» (PC, 436). Y en las declaraciones de Celaya (otra vez), y de Otero y José María Valverde vuelven a rastrearse sutilmente ecos de aquél.

En la que se ocupa de la *Poesía amorosa*, su responsable, Jacinto López Gorgé, también al revisar las manifestaciones primeras del tema en la lírica española del siglo, tiene buen cuidado en recordar la importancia precursora de la poesía amorosa del primer Machado, y en sostener aún que el tiempo no ha pasado sobre la misma modalidad que se da en el Machado posterior, a las que concede, junto a la análoga de Unamuno, una vigencia mayor que la cronológicamente paralela en esta área de Juan Ramón Jiménez (PA, 11). Y en este libro citan concretamente a Machado: Camilo José Cela, Manuel Álvarez Ortega, José M. Caballero Bonald, Fernando Quiñones y Félix Grande.

Al llegar su turno a la *Poesía religiosa*, encomendada de nuevo a Leopoldo de Luis, éste concede varias páginas de su introducción a analizar el particular sentimiento religioso de ese «menesteroso de Dios», que, según la conocida frase de Pedro Laín Entralgo, fue Antonio Machado. Y a destacar la actualidad de su personal modo de combinar tal trágica menesterosidad con su irónico rechazo de los externos tópicos religiosos fabricados para consumo de la España inferior *devota de Frascuelo y de María*, y que a un tiempo *ora y bosteza*: los nada equívocos versos que aún siguen provocando más de un estremecimiento y aun irritación. Muy pocos son después, entre aquéllos reunidos por Leopoldo de Luis, los que se reconocen en Machado dentro de la modalidad religiosa. Entre las excepciones: Jacinto López Gorgé, quien se sitúa muy conscientemente en la misma disposición de espíritu de aquél en este sentimiento (PR, 345 y 347); y ya desde el título mismo de la primera de sus composiciones recogidas, «Dios en la niebla» (PR, 349).

Otro esfuerzo colectivo, que aparece casi al final de la serie an-

teriormente resumida y nos puede ser igualmente útil, es la *Antología de la nueva poesía española* (Madrid: El Bardo, 1968), cuidadosamente realizada por José Batlló (12). La utilidad deriva aquí de haber sumado ya el editor algunas de las voces más valiosas y primeras entre los jóvenes del momento; y al hecho de que, por tal circunstancia, aquella crisis en la estimación de Machado (tal vez más aproximado sería decir: en la valoración total del hombre y el escritor) comienza a insinuarse. Batlló, como se sabe, distribuyó para ser respondidas por sus antologados unas seis preguntas, la tercera de las cuales solicitaba la mención de los poetas que, a partir de la generación del 98, hubiesen influido más en el actual panorama de la poesía española, a juicio de cada uno de aquéllos. Positivas, en el sentido de reconocer prontamente la influencia de Machado, fueron las respuestas de Francisco Brines, Eladio Cabañero, Gloria Fuertes, Angel González, José Agustín Goytisolo, Félix Grande, Carlos Sahagún y Rafael Soto Vergés: una buena mayoría, como se ve. Y algunas aún cargadas de entusiasmo, tal la de Eladio Cabañero: «El poeta que más me importa, no interesa solamente, es Antonio Machado» (ANPE, 335). Sin embargo, las hubo dubitativas o, más apropiadamente, rectificadoras sobre lo que en sí pudo consistir esa influencia. Fueron tres. La de Carlos Barral: «Casi todos los poetas modernos se pretenden de la familia literaria de Machado. Yo creo que eso es más producto del exceso de admiración y que la influencia de don Antonio es menos de la que se presume» (ANPE, 321). La de Joaquín Marco: «Todo el mundo habla de la influencia de Antonio Machado. Creo que ha influido más como prosista que como poeta; es decir, que han influido más sus ideas que sus poemas y especialmente su actitud vital, tan admirable» (ANPE, 351). Todo lo cual queda resumido, por su carácter lapidario, en la de Pedro Gimferrer: «De Machado creo que influyó más su ejemplo personal que su poesía» (ANPE, 340). Correcto es el énfasis en su ejemplaridad moral, que es lo que los tres, en suma, vienen a subrayar. Más innegable es también la otra, la poética, aunque en gran medida se ejerza desde la prosa, que en anchas zonas no es en Machado sino otro modo de encarar la poesía y sus problemas teóricos: lo que hoy tanto se practica desde el poema mismo, y a lo que aquél en cierto modo se negó como ha visto con justicia Vicente Gaos (13). Y otro poeta de hoy, José Angel Valente, que con tantas razones viene defendiendo el principio de que la poesía no es cuestión de género sino de visión, ha intuido que tras esa exalta-

(12) Cuando citamos de esta antología, abreviamos así: ANPE.

(13) Cfr. Vicente Gaos: «Temas y problemas de literatura española», Madrid, Guadarrama, 1959, p. 318.

ción del Machado prosista sobre el poeta se esconde otro de esos «apócrifos» falsos de aquél, que el mismo Valente ha denunciado como el de su «supuesta esterilización creadora». Y esto no es, para Valente, sino «invención de profesores capaces de creer que la poesía se reduce a ciertas formas ya catalogadas, que se alimenta sólo por ingestión de más poesía y que se reproduce por partenogénesis. Machado fue hacia formas no agotadas de creación, muy ajenas por cierto a las senectas y serializadas del poeta vestido, en el mejor de los casos, de harapos de sí mismo... (14).

Si en las reticencias, dudas o silencios de los jóvenes sobre Machado se encubre sólo la voluntad de superar su magisterio, y buscarse distintos estímulos más acordes con sus nuevos derroteros estéticos, están en su pleno derecho; y nadie podrá tildar de impropio lo que, en el uso de tal derecho, proclamen. Todo buen escritor —esto lo dijo Borges, y lo ha recordado recientemente el poeta y crítico venezolano Guillermo Sucre (15)— se crea siempre sus propios precursores y aun los perfila y modifica desde su propia perspectiva personal y temporal. Precisamente en este juego dialéctico de aceptaciones y rechazos descansa una de las posibilidades más excitantes de la aventura artística. Es muy probable que en este año de su centenario, alguna revista literaria emprenda una encuesta sobre la valoración de Machado. Y será interesante descubrir entonces en qué punto estamos, en este 1975, de dicha valoración.

Mas sin tener que esperar a ello, nada sino la verdad se afirma cuando calificamos de amplia, profunda, y aun sutilmente variada, la presencia de Antonio Machado en esos treinta años a que la hemos acotado. Vamos a seguir ratificándola, descendiendo ahora a juzgarla desde el testimonio mismo de los poetas de la posguerra que benéficamente la sufrieron y de modo generoso la han reconocido como tal. Reconocimiento: adhesiones teóricas, filiaciones voluntarias, interés crítico en su obra. Y, dentro de este libro o aquel poema, un lema oportuno de Machado que pudo servir de móvil al autor, o que, una vez cuajada la creación, pudo parecerle que la resumía fielmente. En ocasiones, hasta versos machadianos incrustados en el texto propio para redondear o afinar la personal intuición, o para libremente glosarlos. Formas son todas de ese reconocimiento que anunciamos, de esa voluntad noble de no ocultar la filiación. Imposible será un catálogo exhaustivo, por lo demás innecesario y aún fastidioso; y el cual, en último caso, demandaría las dimensiones de un volumen nada

(14) Valente: «Las palabras de la tribu», p. 105.

(15) Guillermo Sucre: «La metáfora incompleta», en «Plural», México, núm. 46, julio de 1975, p. 72.

endeble. Por ello mismo, las omisiones no significarán aquí olvido o preterición, sino imposiciones del tiempo (no podría iniciar ahora una relectura de toda la poesía de posguerra) y del espacio (se trata de un artículo, no de un libro). Como es de rigor, un orden se nos hace inevitable en este recorrido. Y no puede ser otro que el determinado por las tres generaciones que, en ese lapso delimitado, se han sucedido en España: la de 1936, y la primera y segunda de posguerra. No ha de asombrar que los poetas de cada una de ellas, como se irá viendo, descubran en la poesía y el pensamiento poético de Machado aquello que de un modo más relevante les daba cohesión dentro del estadio en el que por razones estéticas y cronológicas se fueron integrando.

*

La generación de 1936 —aceptemos ya su existencia sin mayor discusión— adviene a la vida literaria con una fuerte voluntad de incorporar a la poesía la experiencia temporal de la existencia, y de emprender la revalorización de la variada gama de todos los sentimientos humanos en su grado más cálido de inmediatez. Estos designios tenían que alejarla radicalmente de los ideales de pureza y asepsia artísticas que habían regido en los años anteriores (y no aludo a *toda* la generación del 27, y ni siquiera al *todo* de cada uno de sus poetas, pues definir el desarrollo total de ellos como cubierto por tales ideales es un acto de injusticia que aún suele cometerse) tanto como del proceso de rehumanización que algunos de esos mismos poetas ya iniciaban a través de las libertades del surrealismo pero con el resultado de una expresión más bien hermética que directa. Todas las fórmulas que se han usado para describir a la generación del 36 revelan ese sustrato común: «poesía de la existencia» (Aranguren), «poesía de la experiencia temporal» (Castellet), «realismo existencial» (Caballero Bonald); aunque tal vez sea la propuesta por uno de sus miembros, Luis Felipe Vivanco, la que mejor resume las dos polaridades entrañadas (el yo y lo *otro* metafísico) de todo ese grupo: «realismo intimista trascendente».

Aunque casi todos ellos habían publicado antes o en 1936, o sea en el año crucial que ha acabado por servirles de marchamo, lo cierto es que (con la excepción dolorosa de Miguel Hernández) el proceso hacia su integración definitiva y madura se concreta en la década del 40, y ha continuado hasta el presente. Hay que acostumbrarse ya a reconocer que su obra es poesía de posguerra, y a no escamotear

su presencia significativa al elaborar los panoramas y los esquemas literarios de este período. Mas, al margen de este problema de ubicación histórica, lo que nos interesa es observar cómo, al irrumpir animada de los principios estéticos antes sumariamente expuestos, tuvieron que buscarse también sus propios nortes y caminos. No podían ofrecérselos, desde luego, los maestros del 27. En el simposio organizado en la universidad norteamericana de Syracuse, en el otoño de 1967, sobre «La generación española de 1936», recogido después en la revista *Symposium* de dicha Universidad, uno de ellos, Ildelfonso-Manuel Gil, precisa muy bien cómo «para apartarse de la brillante y gozosa tentación del juego poético y literario, para acercarnos a la integridad del hombre de carne y hueso» (16), tuvieron que mirar hacia Unamuno, Antonio Machado y Ortega (aunque naturalmente que, sin especificar, sería más al Ortega paraexistencialista de *Historia como sistema* y *El tema de nuestro tiempo* que al brillante pero menos profético de *La deshumanización del arte*). Y se enorgullece Gil de que fue su generación la que hizo que «nombres como el de Unamuno, Antonio Machado, Ortega, García Lorca, Miguel Hernández, así como los de otros escritores entonces en el exilio, emergieron desde el fondo de la condenación oficial hasta el conocimiento de los jóvenes» (17).

En efecto, el primer reconocimiento que en bloque, y respecto ya particularmente a Antonio Machado, hay que acreditarle a aquella generación fue la publicación, en estos mismos *Cuadernos Hispanoamericanos*, y en su número extraordinario 11-12 de 1949, del primer homenaje al poeta que se produce en una revista literaria después de la guerra civil. Una buena parte de los que allí colaboraron estaba integrada por escritores (poetas, ensayistas y críticos) de esta generación: Julián Marías, José Luis L. Aranguren, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Ricardo Gullón, José Luis Cano y Bartolomé Mostaza; y puede decirse que, en conjunto, la concepción de dicho homenaje se debe a integrantes de la generación. En el único libro colectivo de que hoy disponemos para orientarnos en la poesía de ese grupo, la antología realizada por Luis Jiménez Martos bajo el título de *La generación poética de 1936* (Barcelona: Plaza & Janés, 1972), aquél, en su «Pórtico para una generación poética», coincide con Ildelfonso-Manuel Gil en cuanto al señalamiento de los maestros mayores de la misma, Miguel de Unamuno y Antonio Machado, a su juicio «sacralizados o cuasisacralizados a partir de 1939» (p. 46). Y anota la parti-

[16] Ildelfonso-Manuel Gil: «Sobre la generación de 1936», en «Symposium», Syracuse University, USA, vol. XXII, núm. 2, 1968, p. 109.

[17] *Ibid.*, p. 110.